

noció bien pronto la inclinacion de la Duquesa , y que sin ficcion estaba ardiendo en la pira de amor; y aunque viese la desigualdad y diferencia que mediaba entre los dos , sin embargo resolvió seguir su fortuna , y tomar posesion , si podia , de un corazon que tan tiernamente le apreciaba , bien convencido de que el amor no respeta gerarquías , y que ni el potentado , ni el valiente guerrero , ni la mayor dignidad del estado estan libres del imperio de sus flechas , pues para él son todas las criaturas iguales , y todas se rinden á sus halagos. Sin embargo , volviendo en sí , decia muchas veces : ¿No es una locura la que yo pretendo , en perjuicio y con peligro de mi honor y

de mi vida? ¿Es posible que un hombre de honor se rinda á los ataques de la sensualidad , y que la razon ceda á la parte que participa con los brutos y demas animales privados de ella , sometiendo el alma á las debilidades del cuerpo? No , no , es preciso que el hombre virtuoso haga brillar los puros sentimientos que le marca la razon : esta debe ser su freno para que los deleites no le hagan olvidar su deber , y privarle de la tranquilidad de su conciencia. La reputacion de un hombre honrado no consiste solo en que sus pensamientos sean rectos , sino en la discrecion necesaria á la buena direccion de sus acciones , para que venciendo á sí mismo , se abra la puerta á una

gloria que le haga digno de la posteridad. El amor es la tentacion general de las criaturas: yo lo confieso; pero es preciso que esta passion se dirija á un fin virtuoso, qual es el del matrimonio, porque de lo contrario esta imágen del bien vendria á parar en villanía cifrada solo en el brutal placer. Mas ¡ah! decia entre sí, ¡qué facil es disputar solo y á sangre fria, estando ausente del objeto que puede rendir los corazones mas duros, y que parecen invencibles! Yo veo mui bien la verdad, y conozco el bien que debo seguir; pero cuando miro á esta hermosura, sus gracias, su delicadeza y sus atractivos; y últimamente, cuando me dirige sus miradas, cuando me habla con una pre-

dileccion tan cariñosa, olvidando su grandeza para abatirse hasta el extremo de dar importancia á mi pequeñez, ¿cómo es posible pueda yo vencerme y ser indiferente á un bien tan raro y precioso, despreciando una deidad que ansian merecer los mas grandes personajes, y á la que todos respetan y reverencian? ¿Estaré yo tan falto de entendimiento para permitir que esta hermosa y jóven princesa, viéndose por mí despreciada, convierta el amor en lágrimas, y que despues amando á otro, ocasione mi ruina? ¿Quién es el que ignora hasta qué grado lleva su furia una muger, y particularmente de esta clase, viéndose despreciada? No, no, ella me ama, yo seré su esclava

vo, y resuelvo abrir mis brazos á la fortuna que se me presenta. ¿Seré yo el primer particular que se ha casado, ó amado á una princesa? ¿No tendré yo un honor mas alto en consagrar mis pensamientos y albedrio á una muger de lustre tan elevado, que no en envilecer mi corazon obsequiando á una simple mugercilla, con la que nunca podria lograr ningunos adelantamientos? Baudovin de Flandes no hizo una accion mas laudable quando robó una joven hermosa, hija de la Casa Real de Francia, en el mar, conduciéndola á Inglaterra para esposa de aquel rei. Yo no soi raptor, ni sobornador, ni seductor: ella me ama, y ningun daño hago á otro en corresponderla. ¿No es

libre? ¿Tiene que dar cuenta á otro que á Dios y á su propia conciencia de sus acciones? Pues yo la amaré, la profesaré un amor recíproco por la amistad que me dispensa, seguro de que lo que hace es con buen fin, y que una señora de su talento no ha de pensar cometer una falta que perjudicase á su honor.

El caballero Bolonia, despues de hacer todas estas reflexiones con tal decision, formó su plan para asegurar el corazon de la Duquesa, á pesar de tenerla ya tan aprisionada, y tomó sus precauciones contra toda desgracia ú ocurrencia peligrosa que le pudiese sobrevenir. Por otra parte la Duquesa tenia no menos cuidado de su

(34)

amante , cuya voluntad ignoraba aun , haciéndola mas daño esto , y atormentándola mas que el fuego de amor que tanto la abrasaba. No sabia qué camino tomar para descubrirle su corazon y su cariño: temia descubrirse , dudando al mismo tiempo si la daria alguna respuesta sensible, ó si se ausentaria, cuando su presencia la era mas grata que la de todos los hombres del mundo. ¡Ai de mí!!! decia ella. ¿Es posible que yo me vea reducida á la miseria de tener que solicitar con mi propia lengua á el que debe prestarme humildemente sus servicios? ¿Una muger de mi sangre ha de verse precisada á suplicar, cuando otras de baja estirpe son solicitadas por las impor-

(35)

tunas instancias de sus amantes? ¡Ah amor, amor! sea quien fuere el que te concedió tal poder, me atrevo á decir que era el enemigo cruel de la libertad de los humanos. Es imposible te haya dado el ser el cielo, vista la clemencia que ejerce con nosotros, ni tampoco la naturaleza que ama tanto á sus criaturas, para tratarlas con tal rigor. Miente el que dice ser Venus tu madre; pues nunca esta diosa se complace en emponzoñar á los amantes con penas tan amargas, como la que aflige á mi corazon. Habrá sido algun fiero pensamiento de Saturno el que te produjo y te envió al mundo para interrumpir la quietud de los que viven tranquilos y felices sin pasiones.... Mas

(36)

perdóname, amor, si me quejo de tus rigores: la confusion y el abismo en que me tienes sumergida, me hacen delirar y perder la razon, privándome entre tantas dudas y sollozos hasta del uso de mi pensamiento. La poca esperiencia en tu escuela causa en mí este atolondramiento, solicitada de un deseo tan vehemente que contraría, no solo mi deber, sino mi honor y la reputacion de mi grandeza. Sin embargo, el que yo amo es un caballero, hombre virtuoso, valiente y sabio, y no deberá reputarse por una ceguedad temeraria esta pasion, por desigualdad que haya en nuestras casas. ¿De dónde han salido los monarcas, los príncipes y los grandes personajes, sino de

(37)

la masa natural y comun al resto de los hombres? ¿Qué es lo que hace esta diferencia para unir á los que se aman, sino la opinion que hemos concebido de grandeza y de preeminencias? ¡Cosa ridícula por cierto! Como si las inclinaciones naturales tuviesen semejanza con lo que ha prescrito la fantasía de los hombres en sus rigurosas leyes! ¿Y por qué ha de ser mayor el derecho que tienen los príncipes para enlazarse con una simple señora, que el que puede tener y tiene por la naturaleza una princesa para unirse á un caballero particular, tal como don Antonio Bolognia, á quien el cielo y la naturaleza han prodigado sus favores para igualarle con los que mar-

chan entre los mas grandes? ¿He de ser yo por fuerza un voto de reata, para seguir la opinion de que las criaturas todas deben siempre ser esclavas de la loca y cruel fantasía de esos tiranos, que dicen tener dominio sobre nosotras, y que sujetando nuestra voluntad á su capricho, hemos de vivir eternamente con la cadena como un pobre presidiario? No, no: Bolonia será mi marido, porque he resuelto no tomar por amigo sino al que me sea leal y legítimo esposo. No quiero ofender á Dios ni á los hombres, sino vivir sin remordimientos de conciencia, y obrar siempre sin perjudicar á mi honor ni á mi alma. Uniéndome al que tan ciegamente amo, lograré afianzar mi

pasion, y ser amada con igual ternura y firmeza. De esta manera quedarán ligadas por la vida nuestras voluntades y nuestros corazones, y producirán frutos dignos de tan legítima como dulce union. Diga lo que quiera el vulgo murmurador, y aseite en buen hora sus tiros la maledicencia, pues nunca haré mas que lo que me aconsejasen el honor, mi conciencia y la razon. A nadie pues tengo que dar cuenta de mis operaciones. Soi libre y dueña absoluta de mi voluntad y eleccion. El santo nudo del matrimonio cubrirá lo que los hombres miran como una falta; y renunciando á mi condicion, á nadie ofenderé mas que á la grandeza que me hace respetar mas de los hombres.

Toda esta opulencia es nada cuando el espíritu no está contento, y el cuerpo y el alma sin descanso ni alegría. Asi es como la Duquesa forma su plan y labra su destino, decretando casarse con su criado, y esperando la ocasion oportuna de comunicárselo ; y aunque una vergüenza natural que acompaña siempre á las damas, la cerrase la boca, y la hiciese diferir por algun tiempo el efecto de esta deliberacion, al fin, vencida por el amor y por una cruel impaciencia, tomó valor; y desechando el temor que hasta allí la habia inspirado la vergüenza, se decidió á declararse para abrir cuanto antes el camino á su felicidad. Al intento llamó un dia al señor Bolo-

nia á su cuarto, como de ordinario lo hacia para tratar sobre los asuntos de la casa, y retirándole á una ventana que caía al jardin, no sabia cómo empezar su arenga, pues la faltaba la palabra en fuerza de su turbacion; de manera, que estuvo largo tiempo sin poder articular una sola. Bolonia, conociendo su sorpresa, se vió mas cortado aun de admiracion al ver la alteracion de su señora; en términos, que ambos parecian estatuas mirándose el uno al otro, hasta que la Duquesa, ó mas atrevida, ó movida por el impulso de su vehemente pasion, tomó por la mano á Bolonia, y disimulando su pensamiento, le habló con corta diferencia en estos términos:

«Si me fuese preciso, señor de Bolonia, revelar á otro que á vos el secreto que voi á confiaros, no sabria qué language usar para dar fuerza á mis espresiones; pero segura de vuestra discrecion y talento, y habiendo cumplido el arte lo que la naturaleza empezó á obrar en vos, como nacido y criado en la Corte Real de Alfonso II, de Fernando y Federico de Aragon, mis primos, no tendré escrúpulo ninguno en manifestaros el secreto mas oculto de mi corazon, segura de que cuando hubiereis oido y meditado mis razones, os conformareis con mi opinion, advirtiéndooos que si vuestro sentir no fuese conforme con el mio, me obligareis á creer que no sois un

hombre racional y entendido. Ya sabeis, pues, que me hallo viuda por la muerte del Duque mi señor y mi esposo, de feliz memoria; tampoco ignorais que he vivido y me he gobernado de tal suerte en mi viudez, que no hai hombre, por severo que sea en su juicio, que pueda vituperar mi conducta en punto á la honestidad y reputacion de una señora como yo, habiéndome conducido con tanto honor que de nada me acusa la conciencia. En cuanto al manejo de los bienes del Duque mi hijo, he tenido tal orden y delicadeza, que á mas de las deudas que he pagado despues de la muerte de mi esposo, he adquirido unas bellas posesiones en la Calabria, y las he agregado al duca-

do, sin embargo de no ser ya deudora de un maravedí á los infinitos acreedores que dejó el difunto Duque, mi marido, por los préstamos que tomó para poder seguir á los Reyes nuestros Soberanos en las guerras pasadas sobre el estado del reino de Nápoles.

Por estos medios me parece haber cerrado las bocas á la maledicencia, y dado motivo á mi hijo para estarme obligado toda su vida. Asi, pues, habiendo vivido hasta aqui para los otros, y sujetándome mas que me permitia mi natural, he deliberado cambiar de vida y condicion. Hasta aqui he corrido y afanado por sostener los palacios del ducado y de Nápoles, pensando permanecer viuda; pero

han variado las circunstancias, y necesito de vuestro consejo. He trabajado ya bastante, y estado largo tiempo sola. Estoy resuelta á elegir un marido que me honre y estime, correspondiendo al cariño que yo le tendré; porque amar á un hombre no siendo marido, ó no habiéndolo de ser, no lo pensará jamas mi corazon, y preferiré antes sufrir mil muertes, que resolverme á entregar mi corazon al que no sea su dueño. Asi, pues, para que mi honor nunca padezca, y no encontrándome ya con las fuerzas necesarias para vivir siempre viuda, triste y sola, siendo aun joven, prefiero renunciar á mi clase, dando mi mano á un particular honrado que sea mi buen compa-

ñero, á ser la amiga de un Rei. ¿Podrá un Monarca lavar la mancha de una muger que se abandona hasta este extremo, si el deber y la honestidad no lo permiten? Mesalina con su manto imperial no pudo encubrir sus faltas, para librarse de que los historiadores la difamasen con el titulo de muger pública. La muger de aquel sabio Monarca Marco Aurelio no pudo lograr el sobrenombre de casta, por haber faltado á la fidelidad debida á su marido y al respeto de su reputacion. En cuanto á casarme con uno que me sea igual, es imposible, porque en este pais no hai hombre de mi clase, no siendo de corta edad, habiendo ya fallecido los demas en estos últimos lances. El enlace con

un niño es una locura, porque los inconvenientes que ocurren todos los dias, y los malos tratamientos que las mugeres reciben, cuando ya los maridos no pueden disimular su frialdad, son causa de muchos disgustos, y que llevados de la pasion juvenil, se inclinen á pasar el tiempo en otra parte. Estas son las razones en que fundo mi resolucion, y concluyo sin mas digresion diciéndoos, que quiero dar mi corazon á un caballero particular de una clase y reputacion conocidas, que tenga mas virtud que riquezas, para hacerle mi dueño; y seré mas contenta de elegir un hombre de bien con pocas rentas, alabado y estimado de todos por sus prendas, que entregarme á uno

rico de mal caracter y detestado de todo el mundo. Este es el punto en que estriba todo el secreto, y sobre esto quisiera me dieseis consejo y me dijeseis francamente vuestro parecer. Yo sé que se ofenderian algunos de este modo de pensar, si me oyesen; y que mis parientes, particularmente mis hermanos, se opondrian á este pensamiento, y formarian el mas bajo concepto de mí; por lo tanto quiero que este asunto permanezca en el secreto hasta que sin peligro mio ni del que pienso elegir, pueda yo publicarlo, y manifestar no solo mi amor, sino mi enlace, que espero en Dios será realizado mui pronto con el que amo mas que á mí misma, y que creo corres-

ponda con su cariño á tan singular predileccion.»

El caballero Bolonia, que hasta aqui habia escuchado sin movimiento á la Duquesa, viéndose tan de cerca provocado, y conociendo que su ama estaba resuelta á casarse, se quedó admirado sin poder pronunciar una sola palabra. Se forjaba mil quimeras en su imaginacion; pero no pudiendo figurarse ser él á quien la Duquesa habia dedicado su inclinacion, sufría interiormente una pena inconcebible. Tampoco podia creer que aquel placer y seguridad de ser querida fuese relativo á él; porque nunca le habia dicho una palabra, ni él se habia aventurado á declararla su cariño: no dudaba que le habia

amado con extremo; pero conociendo la volubilidad de las mugeres, decia en sí mismo que habria cambiado de inclinacion habiéndole visto tan frio y silencioso, á pesar de sus miradas tiernas y expresivas, y de la distincion particular y familiaridad con que le habia dado á entender su pasion. La astuta Duquesa le ve inquieto y reflexivo, inmóvil y pálido como el criminal á quien se intima la sentencia de muerte, y conoce al momento por esta continencia y sobresalto, que es amada de corazon; y no queriéndole tener por mas tiempo suspenso, ni afligirle con el disimulo y el fingido enlace con otro, le toma la mano, y mirándole con ternura, le habla de esta suerte: «Caballero Bo-

lonia, tomad aliento y no hagais mérito de lo que he dicho. Hace mucho tiempo que conozco la buena y fiel amistad que me tributais, y el cariño con que me habeis servido desde que estais en mi compañía: no penseis que se me oculta fácilmente el sentimiento interior del corazon humano; y de aqui es que las congeturas me proporcionan mui frecuentemente el verdadero conocimiento de lo que se quiere tener secreto; ni sois tampoco tan tonto, que os crea menos avisado, para que hayais dejado de conocer que os apreciaba de diferente modo que á otros. Asi, pues (le dijo, apretándole la mano trémula, y con un semblante tan encendido como el carmin), os juro y os pro-

meto que ningun otro que vos, si quereis, será mi marido, y que el amor, oculto por tanto tiempo en nuestros corazones, brillará tanto, que solo la muerte podrá desvanecerle.»

Al oír Bolonia unas palabras tan inesperadas con la seguridad tan tierna que tanto ansiaba, aunque veía el peligro inminente que le amenazaba casándose con esta gran señora, y los enemigos que se grangeaba haciendo tan desigual alianza, fundado en una vana esperanza, y creyendo que con el tiempo se desvanecería la cólera que renacería en los pechos de los aragoneses si llegaban á traslucir esta union, se resolvió á seguir la suerte y no perder la ocasion que

la fortuna le ofrecia con tanta liberalidad; y respondió á la Duquesa de esta suerte:

«Si me fuera tan fácil, Señora, efectuar lo que me inspira el deseo de serviros, y demostraros mi reconocimiento á los beneficios que me prodigais, como hallar palabras para daros gracias de tanta dicha y honor, me consideraria el hombre mas feliz de la tierra, y vos seriais la princesa mejor servida del mundo. Si hasta hoy he diferido declarar lo que ahora os descubro, os suplico lo atribuyais á vuestra grandeza y al deber de mi estado y destino en vuestro palacio; mas la pena que he sufrido en callar y ocultar mi tormento, ha sido mas sensible á mi corazon, que